

38
CASA SALESIANA
ALTA GRACIA
Córdoba - Argentina



Alta Gracia, 17 de enero de 1967

Muy queridos Hermanos en Don Bosco:

Hace precisamente un mes, silenciosamente, en el retiro de esta Casa, a donde había llegado para atender su salud, quebrantada más por su avanzada edad que por otros achaques, después de vigorosos 70 años de vida salesiana, se durmió en la paz del Señor a los 87 años de edad, el

Rdo. P. JOSE CIOLFI

Había nacido en Limosano —Campobasso, Diócesis de Caserta (Italia)—, el 29 de junio de 1879. Fueron sus padres D. Pompilio y Da. Raquel Donatelli, quienes emigraron a la Argentina para establecerse en La Patagonia, en Rawson, donde en 1891 los primeros misio-

neros salesianos acababan de abrir un colegio. Entre los primeros alumnos figura nuestro José; ingresó en el mismo año de la fundación y a los pocos meses recibía por primera vez el Pan Eucarístico.

La heroica vida de aquellos grandes

misioneros y el fervoroso ambiente del flamante colegio despertaron en él ansias de llegar a ser sacerdote salesiano. Con este objeto fue llevado a la Casa de Almagro (Buenos Aires) y luego a la casa de formación, recién fundada, de Bernal en donde realizó su postulante. Al año siguiente, 1896, recibe el hábito salesiano de manos del gran artífice de la obra salesiana en la Argentina, Rdm. P. Don José Vespignani (de santa memoria) y finalizado el noviciado en 1897, hace su primera profesión temporal, que corona tres años después, con los votos perpetuos. Así realizaba las ansias de su juvenil corazón de consagrarse a la gloria de Dios entre los hijos de Don Bosco.

En consecuencia con las costumbres salesianas de entonces —estudio y trabajo, formación y responsabilidad— ya desde 1899, mientras realizaba sus estudios para el sacerdocio, había comenzado su largo y fecundo apostolado, al que ofrendó con ilimitada generosidad todas sus energías, que no eran pocas, para buscar el bien de la juventud tanto en la docencia como en la más minuciosa asistencia. Entre tanto fue recibiendo las diversas órdenes sagradas de manos de los obispos salesianos, Mons. Santiago Costamagna y Juan Cagliero. Finalmente en 1903 el Arzobispo de Buenos Aires, Mons. Mariano Espinosa, le confirió el suspirado sacerdocio.

Por 18 años consecutivos fue Consejero Escolar en el "Don Bosco" de Buenos Aires (La famosa iglesia de los italianos); los exalumnos de ese lapso son los que mayor recuerdo y aprecio le guardaron. Muchos de ellos se destacaron y se destacan en funciones importantísimas tanto dentro del ámbito nacional como internacional. A esta primacía de los pioneros de las misiones salesianas no le faltó tampoco la oportunidad de experimentar las fatigas del misionero pues en 1921 fue director y párroco de la Casa de Victorica en La Pampa, que por

entonces todavía era como punta de lanza para la conquista espiritual del oeste del inmenso y casi inexplorado territorio. Las casas de Rosario y Mendoza, la de San Francisco de Sales y la de la Boca en Buenos Aires, fueron testigos de su infatigable y empeñosa labor ya como Consejero Escolar ya como Catequista. Pindapoy, Bernal, Santa Fe, Curuzú-Cuatí y Vignaud también conocieron la intensidad de su apostolado parroquial. En Curuzú-Cuatí se destacó además y en forma original entre los numerosos soldados como Capellán Militar, a la vez que allí mismo como Capellán de la cárcel repitió el gesto de nuestro Padre Don Bosco, sacando varias veces a los encarcelados a pasar momentos de sano esparcimiento. El aprecio que suscitó su labor se puso de manifiesto por las adhesiones y elogios que le hizo llegar la oficialidad militar en ocasión de su alejamiento por haberlo destinado la obediencia a la localidad de Alvear para confesor de los novicios de la Inspección de Rosario; ministerio que ejerció por 7 años y a los cuales sumó la enseñanza de la Religión en las escuelas públicas del lugar.

Avanzando en sus años, los Superiores creyeron conveniente para su alivio y descanso, enviarlo de confesor a nuestra casa de Salta; allí demoró desde 1956 al 64 y también allí tuvo el gusto de prestar este ministerio sacerdotal a favor de uno de sus más queridos exalumnos, nuestro recordado Mons. Roberto J. Tavella, arzobispo de la ciudad, que quiso sumarse semana tras semana a los numerosos penitentes del P. Ciolfi. La energía de su temple, pese a sus años, le permitió aún realizar una puntual y magnífica labor catequística en una concurridísima Escuela del Estado, cercana a nuestro Colegio. Cuando el reumatismo empezó a doblegar su robusta fibra imposibilitándole el caminar con aquella tiesura que había hecho aparecer mayor

su pequeña estatura, fue enviado en febrero de 1965 a esta Casa de salud para salesianos. En ella transcurrió casi dos años, los últimos de su vida, en incesante lucha para no doblegarse ante los embates de la enfermedad. No quería rendirse, firme como siempre, alimentó la esperanza de dominar el reuma y retornar a la vida regular en el campo de trabajo. Por consiguiente pidió, insistió pese a su cada vez más delicado estado, se le permitiese preparar niños para la Primera Comunión. Y entre las alternativas de su enfermedad consiguió preparar uno, el último, como broche de oro de un apostolado que abarcó a miles de alumnos durante su larga y fecunda vida salesiana.

Mientras pudo —y ésta fue una de sus características— cumplió escrupulosamente las prácticas de piedad en común; no las omitió ni siquiera en los días peores de su postración. Lo que más le apenaba era no poder celebrar la Santa Misa; la rezó hasta que le fue posible imponiéndose para ello un esfuerzo que tenía muchísimo de heroico. A esto se añadió, con penosa resignación, el tener que abandonar el ministerio de las confesiones, del que siempre había sido apóstol tan asiduo como incansable, y en el cual aparecía su experiencia de experto consejero y seguro director de conciencias.

El postrer año lo pasó enteramente imposibilitado de valerse por sí mismo, ni siquiera pudo usar la silla de ruedas que de alguna manera le hubiera permitido hallarse con la comunidad. Era edificante entonces verlo en cama —mientras conservó aquella siempre ágil lucidez mental que apenas se extinguió tan sólo unos escasos días antes de su muerte— cumpliendo con las prácticas de piedad sobre todo la meditación y la lectura espiritual. Dedicó muchísimo de este tiempo a las bibliografías de los superiores y misioneros de la primera hora que

tan vinculados hallaba a sus años de formación.

Amante de la pobreza hasta el escrúpulo, entregaba inmediatamente cualquier dinero u objeto que hubiera recibido sometiéndolo a la disposición del Superior. Cuando no pudo valerse y necesitó la ayuda de otros, puso de manifiesto hasta dónde llegaba su extremada delicadeza y con qué naturalidad protegía su modestia imponiéndose y soportando incomodidades con tal de no disminuirla en lo más mínimo. Su larga y penosa enfermedad fue la mejor oportunidad para exteriorizar con más frecuencia aquel sentido de fina gratitud con que acogía el más pequeño favor que se le hacía. He oído decir que en los ancianos se revela sin mayores trabas lo que en rigor naturalmente son; de ser así habríamos que consentir que nuestro P. Cioffi afirmó con su proceder hasta el último instante que la obra de perfección moral y religiosa que había emprendido en los lejanos días de su infancia se había convertido en su verdadera naturaleza, cuyos valores no declinaron ni con los años ni con los achaques. Fue constantemente un verdadero sacerdote y un religioso indeclinable.

Quiero ahora transcribiros para común edificación unos párrafos de la nota necrológica publicada por el prestigioso matutino de Buenos Aires, "La Nación".

"Aquella, su vida, no abunda en hechos y fechas espectaculares, porque transcurrió con la calma de una existencia que no sabía de claudicaciones en el cumplimiento del deber que había asumido. Así lo conocieron en el Colegio Don Bosco varias generaciones de estudiantes; así lo vieron moverse otros niños argentinos en los sucesivos establecimientos a que se lo destinó en Santa Fe, Corrientes, en Salta, en Córdoba. Dos ocasiones memorables lo sacaron de las sombras que había buscado siempre: fue la primera el magnífico acto con que sus exalumnos del Colegio "Don Bosco" ce-

lebraron sus Bodas de Plata sacerdotales en 1953; fue la otra la ceremonia de igual carácter que, diez años después, permitió a los alumnos del Colegio de Salta —cuyo Arzobispado regía un ex-alumno suyo, Monseñor Tavella— festejar sus bodas sacerdotales de diamante. Después la edad lo forzó al retiro físico de Alta Gracia, que jamás afectó, empero, la lucidez de su espíritu, siempre asido al recuerdo de los que habían sido sus alumnos, con la evocación de las experiencias que le había brindado tan largo ejercicio de la enseñanza." (Hasta aquí el citado diario).

Como es de suponer, con 63 años de sacerdocio y casi 70 de incesante labor salesiana habría muchísimo que decir a cerca de él, pero no lo permite la tiránica brevedad que suponen unos datos necrológicos. Lo cierto es que, con la muerte del P. Ciolfi, desaparece uno de los pocos que aún nos mantienen unidos al trabajo apostólico de los primeros misioneros que al llegar a la Argentina trajeron vivo el corazón de nuestro Santo Fundador y se perpetuaron en la inmensa pléyade de salesianos que, como nuestro querido y recordado P. Ciolfi, recogieron sus enseñanzas y caminaron generosamente tras sus huellas de sacrificio.

En su estampa recuerdo de la ordenación sacerdotal encuentro el lema que

cumplió durante toda su densa y fructífera vida salesiana; "Esto fidelis usque ad mortem et tibi dabo coronam vitae". (Apoc. XI-10), lo cual me hace pensar que ciertamente Don Bosco lo habrá visto en aquel misterioso sueño aureolado con la cinta resplandeciente en la que se leía: "Fidelidad".

Quiera el Señor, por intercesión de nuestra Celeste Auxiliadora y de Ntro. Sto. Fundador, que al alejarnos cronológicamente de los orígenes de la Congregación no perdamos jamás el espíritu genuino de aquellas prístinas horas, que no es otro sino el del Evangelio, y que, siguiendo las directivas del actual Sucesor de San Juan Bosco, inspiradas en la Iglesia del Concilio, nuestra amada Congregación cumpla fielmente el fin providencial que Dios le ha asignado dentro de la Iglesia.

Mientras encomiendo a vuestra caridad el alma del querido P. Ciolfi, os pido una ferviente oración por esta Casa de Salud y por el que se profesa vtro. afmo. en D. Bosco Santo.

Pbro. Luis Branchesi
Director